

## **LA PRENSA Y LA OPOSICIÓN POLÍTICA EN LA ARGENTINA DE COMIENZOS DE SIGLO**

### **EL CASO DE LA NACIÓN Y EL PARTIDO REPUBLICANO**

**EDUARDO ZIMMERMANN\***

El comienzo del siglo veinte marcó un importante momento de transición en el sistema político argentino, controlado desde las dos décadas anteriores por las fuerzas políticas lideradas por el entonces presidente Julio A. Roca. En 1901, Roca perdió por cuestiones políticas a uno de sus principales aliados, Carlos Pellegrini, quien se convertiría desde entonces en uno de los pilares de la oposición al roquismo. Al año siguiente, el retiro de la política del general Mitre puso fin al "Acuerdo" acuñado en la década del Noventa entre los seguidores de los dos políticos; en 1903 la Convención de Notables convocada por el oficialismo para la elección del candidato presidencial operaría como un catalizador de las fuerzas opositoras, y el levantamiento revolucionario de la Unión Cívica Radical de febrero de 1905, bajo la presidencia de Manuel Quintana, y la gestión de su sucesor, José Figueroa Alcorta, terminarían por desarmar la maquinaria roquista, abriendo el camino para la reforma política llevada adelante bajo la presidencia de Roque Sáenz Peña (1910).<sup>(1)</sup> Se combinan en esos años fuertes aspiraciones de reforma y regeneración político-institucional, que se extendían también a proyectos de reforma social y económica, con una persistente continuidad de viejas prácticas y tradiciones políticas, mantenidas incluso por los mismos grupos reformistas, en un contexto de creciente complejidad y diversificación en las expresiones de la vida política argentina, y de la política porteña en particular.<sup>(2)</sup>

Entre esos distintos grupos de oposición al roquismo declinante de comienzos de siglo se destacaba el Partido Republicano liderado por Emilio Mitre, que como

---

\* Universidad de San Andrés, Buenos Aires.

director del diario *La Nación*, contaba además del prestigio de su apellido, con un poderoso instrumento de influencia sobre la opinión pública porteña. El propósito de este trabajo es contribuir al estudio de las distintas caras de ese movimiento en favor de la reforma del sistema político de comienzos de siglo, analizando el caso de la actuación del Partido Republicano mitrista entre 1902, año de su creación, y 1910 (año en que se transformó en una nueva agrupación política, la Unión Cívica, que sostendría la candidatura presidencial de Guillermo Udaondo), poniendo especial interés en las campañas electorales de 1904, 1906 y 1908 en la ciudad de Buenos Aires, y el papel que desempeñó *La Nación* como instrumento de formación de opinión pública en esas instancias.

### La prensa política y la formación de la opinión pública

El extraordinario desarrollo de la prensa periódica argentina durante las últimas décadas del siglo diecinueve ha sido destacado en la historiografía del período. En su estudio de la conformación de “los campos de lectura” de comienzos de siglo, Adolfo Prieto ha comentado sobre “la tumultuosa irrupción del fenómeno de la prensa periódica”, que en la Argentina adquirió “un desarrollo material casi hipertrófico, si se toman en cuenta los índices de población relativos”. En 1882, según constatará Ernesto Quesada por esos años, sobre una población estimada en 3.026.000 habitantes, circulaban 224 periódicos. El promedio de un periódico cada 13.509 habitantes era, según Quesada, el tercero en orden mundial. En el *Handbook of the River Plate* de 1885, se sostenía que en la ciudad de Buenos Aires la circulación conjunta de sus veinticinco diarios era de 17.000 copias, con un promedio de 23 copias para cada 100 habitantes, “double the ratio of the United Kingdom and 3 times that of the United States”. En 1898, en un artículo publicado en *La Nación* sobre la industria del libro en la Argentina, el autor se quejaba de que “los diarios acaparan todos los lectores. El libro pierde terreno cada vez”. Según el artículo, “en Buenos Aires sólo los diarios de aparición matutina ponían 120.000 ejemplares a disposición del público. Sin contar la tirada de semanarios y de revistas, se podía calcular en 200.000 el número de copias que la prensa ofrecía diariamente a los lectores de toda la República”.<sup>(3)</sup> El Censo de la Ciudad de Buenos Aires de 1887, otorgaba a *La Nación* y *La Prensa*, con una tirada promedio de 18.000 ejemplares cada uno, la mayor circulación, y registraba la existencia de 102 periódicos circulando en la ciudad, número que había aumentado para 1895, según el Censo Nacional de ese año, a 143 (sobre un total de 345 periódicos en todo el país). El comentarista del censo de 1895 introducía una importante caracterización de una parte de esos periódicos:

“Las luchas políticas, las cuestiones electorales, dan frecuentemente origen al nacimiento de muchos periódicos, escritos con más entusiasmo que ilustración, los cuales, cumplido su momentáneo objeto, desaparecen para ser prontamente reemplazados

por otros, apenas se produce algún acontecimiento que reclama la intervención del periodismo en favor o en contra más veces de un partido que de una idea".<sup>(4)</sup>

Esta era la característica principal de la llamada "prensa política", que, como bien ha destacado Tim Duncan, se convirtió en un elemento central en el funcionamiento del sistema político del cambio de siglo.<sup>(5)</sup> Podemos delinear el papel cumplido por estos diarios de dos maneras diferentes. Por una parte, una interpretación de carácter puramente instrumental limitaría la función de la prensa política a la de una herramienta de propaganda necesaria a toda facción para alcanzar algún resultado político favorable. Estos diarios, cuya existencia dependía del sostenimiento económico que proveían esas agrupaciones políticas, se expresaban entonces "en favor o en contra más veces de un partido que de una idea", según apuntara el comentarista de 1895; y el consejo dado por Ramón Cárcano a Miguel Juárez Celman en 1883 ilustra la importancia de esa función: "Le recuerdo que no abandone el propósito de tener un diario propio... Un diario para un hombre público es como un cuchillo para el gaucho pendenciero: debe tenerse siempre a mano".<sup>(6)</sup>

Pero al mismo tiempo, los diarios cumplían otras funciones dentro del sistema político. Por una parte eran una expresión de una nueva forma de "sociabilidad política", nucleando a talentosos escritores que hacían sus primeras armas y encontraban en los periódicos un vehículo disponible para sus ambiciones de reconocimiento político; y la circulación del personal entre los distintos diarios, según los nuevos alineamientos políticos, ilustraba ese papel de mecanismo de reclutamiento de las dirigencias partidarias.

Por otra parte, los diarios no limitaban su función a la de ser meros portavoces de esas dirigencias en las batallas políticas, sino que funcionaban como ámbitos de discusión y elaboración de las propuestas políticas a ser defendidas. Los diarios podían encontrar dificultades en conciliar esas dos funciones —"el guerrero y el pensador", según Tim Duncan—,<sup>(7)</sup> pero es a partir de esos intentos que los diarios pasan a integrarse a esa "cultura de la movilización", que caracteriza a la formación de una "opinión pública" y una "esfera pública" en Buenos Aires, desde las últimas décadas del siglo diecinueve.<sup>(8)</sup> Y ese proceso de formación y de movilización de opinión se apoyó en una amplia concepción de la libertad de prensa, que según concuerdan las crónicas de la época, produjo un alto grado de permisividad en lo que hacía al contenido de las publicaciones. De la discusión de ideas y políticas se pasaba con facilidad a los ataques personales de todo tipo, cuando no a las abiertas incitaciones al levantamiento armado, y salvo las excepciones marcadas por las declaraciones de estado de sitio, los gobiernos no ejercían censura alguna sobre los diarios.<sup>(9)</sup>

En este sentido se ha señalado acertadamente que esa participación de los diarios no sólo como canal de información, sino como instrumento formador de opinión y de ampliación del debate público, refleja que "la política era una cosa

pública, que se hacía no sólo en los cenáculos del poder sino también en el seno de la opinión, comprendida ya como una cuarta fuerza del estado... Era tan importante 'hacer opinión' como representarla. El voto medía, cuantificaba la participación política pero a la opinión había que movilizarla".<sup>(10)</sup> La expansión de la prensa política, y la amplitud del margen de libertad con el que se determinaban los contenidos de los periódicos, revelan en qué medida la formación y movilización de la opinión pública era vista como una parte importante de los procesos políticos del período, que trascendían la política puramente electoral. Oficialismo y oposición, en sus distintas expresiones, apelaban a la opinión pública como una fuente de legitimación política, y en esos intentos se reflejaba que el concepto mismo de "opinión pública", a la que tan frecuentemente las partes combatientes recurrían como árbitro de sus disputas, era interpretado de maneras muy distintas.

Y es que el concepto de opinión pública, como bien ha señalado Keith Baker en sus estudios sobre los orígenes el concepto en el siglo dieciocho, no puede ser reducido a una categoría sociológica, producto de cambios en las tasas de alfabetismo y educación, de la expansión del capitalismo y el crecimiento comercial de la prensa, y de la integración de órdenes sociales particularistas en Estados nacionales, sino que debe analizarse también como una "invención política", esto es, como el producto de la apelación de distintas fuerzas políticas a una nueva fuente de autoridad. Oficialismo y oposición producirán entonces interpretaciones divergentes sobre el asiento de la genuina "opinión pública", la que lejos de convertirse en el ideal de un tribunal objetivo ante el cual se resuelven las posiciones contradictorias, se transforma en otro escenario más de los enfrentamientos políticos, marcado en este período por las mismas exclusiones que la política electoral. Es decir, la misma brecha existente entre el ideal del gobierno representativo y las prácticas concretas de representación, puede ser detectada entre el ideal de la formación de una esfera pública entendida como un proceso de deliberación racional orientada al interés público, y las prácticas concretas (excluyentes) a través de las cuales oficialismo y oposición se disputaban el terreno en el cual se formaba la opinión pública.<sup>(11)</sup>

Así, no era infrecuente encontrar entre las voces cercanas al oficialismo opiniones como la de Eduardo Wilde, para quien la prensa era un arma venenosa en manos de "politiqueros"; o, en tono parecido, la queja del presidente Figueroa Alcorta en su mensaje de apertura de sesiones del Congreso de 1907, lamentando que en la política argentina se había sustituido

"a la propaganda ordenada y continua de los centros políticos organizados, la prédica malsana, falsa e innoble de hojas periódicas irresponsables, que propician lo mismo la asonada que el asesinato político, que viven de la inventiva sensacional, saturando el ambiente de incertidumbres y prejuicios, y que van por desgracia en camino de hacer en la prensa nacional el oficio que en determinadas situaciones económicas hace la mala moneda, desalojando a la buena".<sup>(12)</sup>

Es decir, mientras los “centros políticos organizados” emitían “propaganda ordenada y continua”, contribuyendo así a la formación de una genuina opinión pública, la prensa (“hojas periódicas irresponsables”) sólo confundía a esa opinión (“satura el ambiente de incertidumbres y prejuicios”). En la Argentina de comienzos de siglo, la dinámica de los “gobiernos electores” estudiada por Natalio Botana, llevaba al oficialismo a establecer una distinción entre la “opinión pública”, racional, objetiva y constante, concentrada en sostener los intereses generales del país, y por lo tanto convertida en una fuente de legitimidad (ver como ejemplo la convocatoria a la Convención de Notables de 1903, que calificada a esos notables como “los elementos representativos de la opinión del país”), y, por otro lado, la “opinión popular”, las opiniones sectarias, cambiantes, guiadas por prejuicios, pasiones e intereses particulares, que eran promovidas desde la prensa política.<sup>(13)</sup>

Pero, como veremos, también la oposición política apelaría frecuentemente a la “opinión pública” como el tribunal ante el cual la corrupción del sistema político organizada desde el gobierno debía ser juzgada. Desde *La Nación*, en particular, la actuación del Partido Republicano sería vista como una genuina expresión de la opinión pública porteña, que anhelaba la purificación del sistema político que los mitristas venían a ofrecer, opuesta a la persistencia de vicios políticos que las oligarquías provinciales asociadas al oficialismo se obstinaban en mantener. La lucha que el Partido Republicano daría en el campo electoral en favor del programa de reforma institucional tendría como contracara la lucha que *La Nación* daría desde sus páginas en el campo de formación de la opinión pública en favor de ese mismo programa.

Fundado por Bartolomé Mitre en enero de 1870, con una tirada inicial de 1.000 ejemplares, hacia principios de siglo el diario se había convertido en uno de los órganos más representativos de la prensa política argentina. En 1901, Eduardo Wilde, ex-ministro y cercano colaborador del presidente Roca, describía al diario en estos términos:

“El apoyo actual de *La Nación* es el que prestaría el diablo al alma de un cristiano, más valen los amigos malos que los enemigos tradicionales convertidos... Hace 50 años que el partido del cual ese diario es ahora el órgano único, trae revuelto, intranquilo y anarquizado al país con su demagogia retórica, con la propaganda incendiaria de sus instrumentos de tortura que repartían y reparten la calumnia y la deshonra a todos los vientos. El ha hecho en esa tierra imposible todo gobierno, corrompiendo y falseando la conciencia pública...”

El encono reflejado por Wilde en su opinión sobre el diario dejaba traslucir no sólo esa disputa por el proceso de formación de la opinión pública (*La Nación* según Wilde “corrompe y falsea la conciencia pública”), sino también la relevancia en la lucha política que el diario había adquirido: hasta ese año, había sido clausurado cinco veces desde su creación, por los distintos gobiernos.<sup>(14)</sup> En su estudio de las posiciones políticas del diario a partir de 1909, Ricardo Sidicaro ha



señalado que en ese año, tras la muerte de Emilio Mitre —director del diario y líder del Partido Republicano—, la dirección del diario tomó la decisión de alejarse de la política partidista para intentar que su influencia trascendiera el papel de portavoz de una posición particular, intentando así ocupar el papel de guía de la sociedad argentina en general.<sup>(15)</sup> Este trabajo intenta reflejar, en cambio, el papel del diario durante esa, su última fase como herramienta partidista: el instrumento del Partido Republicano, que surgió a principios de siglo como una de las fuerzas promotoras de la reforma del sistema político controlado hasta entonces por el roquismo, ilustrando los esfuerzos por canalizar la opinión pública porteña en favor de ese intento, principalmente en las campañas electorales de 1904, 1906 y 1908.

### El Partido Republicano

El retiro definitivo de la vida pública de Bartolomé Mitre en 1902, renunciando a su banca en el Senado, puso fin a la Unión Cívica Nacional, nacida tras los sucesos del Noventa, y por ende, al “Acuerdo” suscripto con el oficialismo. Las fuerzas mitristas se reagruparon bajo el liderazgo de Emilio Mitre, dando origen en junio de ese año a un nuevo partido político.<sup>(16)</sup> Emilio Mitre, tras haberse recibido de ingeniero en Buenos Aires y haber vivido una corta estadía en Londres, había sucedido a su padre, Bartolomé Mitre, tanto en la dirección del diario *La Nación*, de enorme influencia en la formación de la opinión pública del período, como en el liderazgo de las fuerzas políticas mitristas, posición compartida con otras figuras de peso como José Evaristo Uriburu y Guillermo Udaondo. Por su formación técnica, Emilio Mitre se había convertido en un hombre de consulta en el área de obras públicas (Roca le ofreció el ministerio en 1898, que Mitre rechazó por razones políticas).<sup>(17)</sup>

En julio de 1902 el nuevo partido había tenido su primera asamblea —según *Caras y Caretas*, “la nota culminante de la actualidad política”—, en la que se había formado una junta directiva que reunía a las figuras más importantes del mitrismo con dirigentes provenientes de otras fuerzas de oposición: José Evaristo Uriburu, Emilio Mitre, Guillermo Udaondo, Juan M. Garro, Juan Carballido, Tomás Cullen, Norberto y Antonio F. Piñero, Miguel Tedín, Santiago O’Farrell, Emilio Frers, Lisandro de la Torre, Eleodoro Lobos, Mariano J. Paunero, Rafael Herrera Vegas, Julio Pueyrredón, Tomás de Anchorena y otros.<sup>(18)</sup> Durante el resto del año, las actividades de organización del partido se extendieron desde Buenos Aires hacia las provincias del interior, y la lista de comités y clubes adherentes era permanentemente renovada en las páginas de *La Nación*.<sup>(19)</sup> En 1903 la actividad política se aceleraría a partir de mitad de año, con la convocatoria a la Convención de Notables para elegir la candidatura presidencial del oficialismo, y con los debates por las candidaturas opositoras. El mitrismo expresó su enérgica oposición al mecanismo elegido por el oficialismo para designar el candidato presidencial, y el

Partido Republicano se volcó a la búsqueda de candidatos propios. En octubre de 1903, una comisión de dirigentes del partido —Udaondo, Carballido, los dos Piñero, Tedín, Lobos, Cullen—, comenzaron a promover la candidatura presidencial de Emilio Mitre. Sin embargo, la fórmula finalmente elegida por la asamblea partidaria sería José Evaristo Uriburu-Guillermo Udaondo, ex-presidente de la Nación y ex-gobernador de la provincia de Buenos Aires, respectivamente.<sup>(20)</sup> En noviembre de ese año, Emilio Mitre se dirigía a los convencionales del partido provenientes de todo el país, anunciando que el partido proclamaba abiertamente la reivindicación del sufragio libre como medio indispensable para garantizar la expresión de una genuina opinión: “el día que fundemos la libertad del voto habremos fundado realmente la libertad de las opiniones”, haciendo “desaparecer ante ese juez supremo las imposiciones del poder”.

“El único adversario que tenemos al frente es la combinación política que dio nacimiento a la convención de notables —y con esto queda definida la contienda—. La opinión debe elegir... Nuestra bandera da aliento a la reacción cívica, surge la protesta, y las mismas fuerzas políticas que sin esta enseña no hubieran tenido más alternativa que la resignación o la abstención, se yerguen altivas y se preparan a la lucha... Estamos seguros de que el camino que seguimos conducirá a la realización de estos anhelos, bajo los auspicios de la opinión”.<sup>(21)</sup>

En 1904, además de la presentación de la fórmula Uriburu-Udaondo para las elecciones presidenciales, el Partido Republicano tuvo activa, aunque poco exitosa, participación, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, en las elecciones para diputados nacionales y para senador nacional (véase la siguiente sección). El momento de mayor éxito para los republicanos llegaría con la conformación de una coalición con el Partido Autonomista liderado por Carlos Pellegrini, que en las elecciones para diputados nacionales por la Capital Federal, derrotaría holgadamente al oficialismo. Los comités republicanos se sumaron a un gran número de “clubes coalicionistas” abiertos tanto en Buenos Aires como en las provincias del interior, liderados por las principales figuras de la nueva agrupación: Emilio Mitre, Guillermo Udaondo, Carlos Pellegrini, y Benito Villanueva, incorporado al nuevo movimiento, quienes contribuían tanto con su esfuerzo como económicamente a la expansión del partido.<sup>(22)</sup> A pesar del escepticismo con que algunos veían los intentos por unir a dos personalidades de tanta fuerza como las de Pellegrini y Emilio Mitre,<sup>(23)</sup> y a pesar de enfrentamientos menores entre partidarios,<sup>(24)</sup> la coalición probó ser una fórmula de gran éxito, y el triunfo de 1906 marcaría fuertemente la evolución política del momento.

La política del presidente Figueroa Alcorta giraría durante unos meses en torno al apoyo de esa exitosa coalición. La muerte de Pellegrini ese mismo año, y los conflictos surgidos con el Presidente por su política de intervención en las provincias y en el Congreso resquebrajarían esa posición alcanzada por los republicanos, y para las elecciones de diputados de marzo de 1908, el enfrentamiento

entre el partido mitrista y el presidente Figueroa Alcorta era frontal. La consolidación de la política presidencial, basada en gran parte en el recurrente uso del fraude electoral y la intervención en las provincias, y la muerte de Emilio Mitre en 1909 terminarían por liquidar el proyecto republicano, y las fuerzas mitristas harían un último intento de reagrupamiento con la formación de la Unión Cívica, que levantaría sin éxito la candidatura presidencial de Guillermo Udaondo en 1910.

Durante los años previos, *La Nación* fue un instrumento clave para transmitir no solamente información en torno a la organización y crecimiento del partido, en Buenos Aires y el resto del país, sino también como elemento de propaganda y movilización en las campañas electorales, particularmente en la ciudad de Buenos Aires, donde la identificación del Partido Republicano con la opinión pública porteña, unidos en una causa común en defensa de las libertades políticas, sería una imagen recurrente en las páginas del diario.

### Las elecciones de 1904

En estas elecciones —para electores presidenciales, para senador nacional por la Capital Federal, y para diputados nacionales por la Capital Federal—, se aplicó la ley 4161 que, sancionada en 1902, dividía a los distintos distritos en circunscripciones electorales, en un número igual al número de cargos a elegir. A comienzos de 1904 *La Nación* inició una campaña con dos objetivos. Por una parte una profusa información sobre el proceso de organización y expansión del nuevo partido que puede verse entre los meses de enero y marzo, previos a las elecciones: listas de nuevos miembros y adherentes, dirección de clubes y comités formados con sus cuerpos dirigentes, actos y manifestaciones del partido, etc.<sup>(25)</sup> Por otra parte, una intensa campaña de oposición a la “candidatura de los Notables” que se extendía a un intento por movilizar las fuerzas opositoras dispersas. En este sentido puede interpretarse su postura crítica del abstencionismo revolucionario de los radicales, de esos meses:

“Se sabe muy bien que en el fondo, los radicales y el Partido Republicano, por ejemplo, tienen el mismo programa y que la diferencia estriba únicamente en los procedimientos. Los unos no tienen fe en la acción legal y sólo esperan la regeneración de un movimiento revolucionario que no pueden llevar a cabo por que sus pretensiones chocan con las resistencias de la enorme masa conservadora del país, de los industriales, los comerciantes, los agricultores, los ganaderos; los republicanos creen que deben aprovecharse todas las ocasiones, todas las circunstancias y los medios lícitos para obtener un mejoramiento... ¿Cómo se comprobarían los mismos atentados y escándalos del PAN si nadie disputase el terreno a los fautores de las oligarquías, a los oficialismos entronizados en la forma corruptora que todos conocemos?”<sup>(26)</sup>

Llegadas las elecciones en el mes de marzo, se multiplicaron los anuncios sobre



las actividades partidarias en los días previos, así como las acusaciones al oficialismo tras la derrota. En la elección para senador nacional por la Capital Federal, el candidato oficialista Benito Villanueva (del Partido Autonomista Nacional, con 11.516 votos) se impuso a los candidatos opositores Carlos Pellegrini (Autonomista, con 9.075 votos) y Emilio Mitre (Republicano, con 7.547 votos), quienes, sin embargo tenían más votos sumados que los obtenidos por Villanueva, primer indicio de la estrategia que culminaría en la coalición de los partidos Autonomista y Republicano en 1906. En las elecciones para electores presidenciales, los republicanos volvieron a mostrar su fuerza a pesar de la derrota, obteniendo 9.837 votos contra los 11.397 a favor del candidato Quintana.<sup>(27)</sup> Tras la elección para senador nacional a comienzos del mes, la denuncia más fuerte giraba en torno al comercio de votos del que se había beneficiado el candidato oficialista: "...la elección acusó desde el principio hasta el fin la triste certidumbre de que la victoria es y será para el que compre mayor número de conciencias ...la nueva ley ha eliminado a los caudillos de parroquia para erigir en su lugar a las masas inconscientes cuyo concurso se brinda al mejor postor".<sup>(28)</sup> Se describía con gran detalle las subastas de votos que tenían lugar en plena calle, las estrategias de los "vendedores", que en las circunscripciones más disputadas retenían sus votos hasta último momento a la espera de una cotización más alta, y se acusaba directamente a Benito Villanueva, el candidato triunfante, de haber derrotado a Emilio Mitre, el candidato republicano, precisamente gracias a ese tipo de maniobras.<sup>(29)</sup> Sobre esta misma elección, *The Review of the River Plate*, que no tenía el mismo grado de compromiso partidista que las publicaciones que apoyaban a los dos candidatos, criticaba el nuevo régimen electoral sostenido que "it allowed the most barefaced and open bribery to be carried on, and the transaction in votes was exceedingly large. Ten dollars was generally the price paid for a vote".<sup>(30)</sup>

Una semana después se celebraron las elecciones para diputados nacionales (solamente en la Capital Federal, donde se votaba en once circunscripciones, hubo competencia electoral, dado que en el resto del país, el predominio oficialista fue absoluto), y la consiguiente derrota de los republicanos provocó una nueva ola de denuncias contra el sistema. Sin embargo, pese a una participación menor que la de las elecciones para senador y para electores presidenciales, las elecciones para diputados demostraron que en la Capital Federal la política había entrado en un proceso de fragmentación y movilización de nuevas fuerzas que introducía un carácter más competitivo a las elecciones (ver cuadro 1).

Sobre once diputados elegidos en otras tantas circunscripciones, el Partido Autonomista de Pellegrini había obtenido tres bancas (Eliseo Cantón, Manuel Carlés y Carlos Delcasse), el Partido Socialista una (Alfredo Palacios, elegido con el apoyo de los votos republicanos), a los que se sumaba la elección de cuatro candidatos independientes, dejando a los representantes del oficialista Partido Autonomista Nacional, con sólo tres bancas, en una posición mucho más débil de la que gozaban en el interior del país. Los republicanos fueron derrotados tanto en

la Capital Federal como en los restantes distritos del país donde participaron, si bien en la Capital, al percibir que no contaban con votos suficientes para derrotar al candidato oficialista, contribuyeron con sus votos a la elección de Alfredo Palacios, candidato socialista, por la circunscripción 4ª. Los votos de republicanos y autonomistas sumados prácticamente igualaban los votos del PAN, presagiando la coalición de 1906. De todos modos la idea de la coalición parece haberse producido ya en 1904: ante un pedido para que renunciara a su candidatura, para favorecer al candidato oficialista, el autonomista Ernesto Tornquist respondía: "creo que no ayudaría al triunfo de Mariano de Vedia (el candidato oficialista), si yo renunciara —pues me consta que todos los votos que yo pudiera obtener del comité autonomista se los cedería al candidato republicano— pues parece que existe un *entente* entre Pellegrini y Emilio Mitre respecto a las elecciones de la Capital".<sup>(31)</sup>

*La Nación* reconoció al día siguiente que la nueva ley electoral había significado un progreso en términos de la fiscalización del comicio, si bien éste había estado caracterizado por los mismos procedimientos que el domingo anterior: la compra de votos y de libretas cívicas a plena luz del día, punto sobre el cual *La Prensa* coincidiría.<sup>(32)</sup> Para *The Review of the River Plate*, a pesar de la compra de votos, las elecciones en Buenos Aires habían sido limpias: "The fairness of the elections can be gathered from the fact that the Secretary of the President of the Republic [Jaime Llavallol] was badly defeated in the Boca district by the Socialist candidate. Under the old regulations this would have been impossible".<sup>(33)</sup>

Tras las elecciones de 1904, la revolución radical de febrero de 1905, constituyó otro golpe para las pretensiones roquistas de controlar al presidente Quintana. Luego del aplastamiento del movimiento revolucionario, y la consiguiente consolidación en el poder de Quintana, el general Roca viajó a Europa, donde permanecería por casi dos años, años en los que su influencia política declinaría considerablemente.<sup>(34)</sup>

Más allá del resultado de las elecciones, el impacto de las nuevas fuerzas políticas reflejaba no solamente mayor dinamismo en la política electoral sino también la introducción de mayor diversidad en el contenido ideológico de las propuestas partidarias, según se reflejaría en la línea editorial de *La Nación* en materia de política económica.

### **La Nación y el proteccionismo económico**

Para *The Review of the River Plate*, la derrota del Partido Republicano en las elecciones de 1904 había tenido un significado especial:

"The elections... were noticeable from the fact that the Republican party suffered defeat all along the line... The defeat of the Republican party is of very great importance to foreign capital in Argentina. It means that the attacks that have been made in the

organ of taht party, namely the *Nación*, upon foreign capital, more especially the railway companies, need not be taken into account".<sup>(35)</sup>

La percepción de *La Nación* y de los republicanos como la expresión de una reacción contra el capital extranjero en la Argentina continuaría y se acentuaría en los años siguientes, particularmente, tras las elecciones de diputados por la Capital Federal de 1906, donde los mitristas triunfarían en alianza con el Partido Autonomista de Carlos Pellegrini, otra figura asociada al proteccionismo,<sup>(36)</sup> en un año en el que, además, la entrada en vigencia de una nueva ley de aduanas marcó el inicio de una política alejada del librecomercio.<sup>(37)</sup> *La Nación* retomó entonces su campaña en favor de la nacionalización de los servicios públicos, agregando otros elementos que reforzaban esa sensación de "cambio de clima" en materia de política económica. El primer paso fue una serie de editoriales atacando "la peregrina teoría de que el estado es mal administrador y que conviene confiarlo todo al capital privado... En todos los países bien administrados se tiende a la oficialización de los servicios públicos como un medio de abaratarlos, evitar los trusts, los monopolios y las confabulaciones..." Al mismo tiempo se abogaba por una política estatal más firme contra los latifundios y a favor de una mejor distribución de la tierra, y se introducía a la dependencia económica como un serio peligro dada la participación del capital extranjero en los servicios públicos argentinos: "políticamente independizados, estamos en una dependencia económica tal, que ni aun los asuntos internos podemos dirimir por nosotros mismos. La voluntad argentina se quiebra o se dobla contra la muralla del capital extranjero..." Finalmente se reclamaba expresamente la nacionalización de los servicios públicos (principalmente electricidad, teléfonos y ferrocarriles), lo que se describía como "un anhelo que se difunde cada vez más..."

Las compañías británicas no dejaron de percibir con preocupación esta campaña del diario, como queda reflejado en los informes diplomáticos al Foreign Office:

"The *Nación* has lately been leading a press campaign against the employment of foreign capital in the development of Argentine resources, with especial referencie to the predominance of foreign money in railway enterprises. The *País*, a strong Radical paper, has taken up the cudgels in defence of foreign capital, pointing out all that it has done por the country, and showing with great justice that home capital sticks obstinately to agriculture, cattle rearin and the like, and is not forthcoming for industrial enterprises".<sup>(38)</sup>

En un paso seguramente vinculado con esta campaña, en 1907 Emilio Mitre, probablemente responsable de esta línea editorial, por entonces diputado nacional y líder del Partido Republicano, promovió en el Congreso la sanción de la ley 5315, conocida como la "ley Mitre", que establecía un minucioso control del Estado del proceso de fijación de las tarifas ferroviarias.<sup>(39)</sup>

## La Coalición Popular y la campaña electoral de 1906

Uno de los factores que había influido en el peso creciente de los republicanos en el gobierno de Figueroa Alcorta (Miguel Tedín fue designado ministro de Obras Públicas, y Norberto Piñero ministro de Hacienda), y en esos debates sobre la política económica, había sido el resultado de las elecciones para diputados nacionales por la Capital Federal, de marzo de 1906. Los autonomistas de Pellegrini y el Partido Republicano habían conformado la llamada Coalición Popular, integrando una lista común de candidatos a diputados (el sistema uninominal por circunscripciones había sido abandonado) con muy prestigiosas figuras de la política porteña (Paul Groussac la llamaría “la lista de oro”), que se impondría holgadamente en las elecciones: Carlos Pellegrini, Emilio Mitre, Santiago O’Farrell, Roque Sáenz Peña, Antonio F. Piñero, Ernesto Tornquist, Luis María Drago, Juan Balestra, y Rómulo Naón. Habían recibido además el aporte invaluable de la adhesión de Benito Villanueva, uno de los políticos más avezados del período (que había derrotado a Emilio Mitre y Carlos Pellegrini en la elección de senador de 1904).<sup>(40)</sup>

*La Nación* desarrolló durante la campaña electoral una prédica constante sobre la necesidad de que el gobierno garantizara la pureza del acto electoral, tras los compromisos asumidos por el presidente Quintana. Desde su discurso de asunción de la presidencia, en octubre de 1904, Manuel Quintana se había comprometido con un programa de mejoramiento institucional que tendría como uno de sus puntos principales la imparcialidad o neutralidad presidencial en la relación con las situaciones políticas provinciales, y el ofrecimiento de garantías para el libre desarrollo de las expresiones políticas locales.<sup>(41)</sup> Por enfermedad de Quintana, el vicepresidente Figueroa Alcorta había asumido efectivamente la presidencia al momento de las elecciones de marzo, y hacia él se volcaban los reclamos para el cumplimiento de las promesas hechas por Quintana. *La Nación* sostenía que las reparticiones públicas estaban presionando a sus empleados para que entregaran sus votos a los candidatos indicados. A comienzos de mes Figueroa Alcorta se vio obligado a notificar a todos los ministros del gabinete que era necesario llevar al electorado de la capital “el convencimiento de que (el gobierno nacional) está dispuesto a respetar y hacer respetar el derecho del voto, impidiendo cualquier presión oficial que tienda a desnaturalizarlo”, debiéndose notificar esta resolución a todos los jefes de las reparticiones nacionales. Según el diario, los ministros acataron la disposición presidencial con desigual actitud: “cada uno de los ministros ha redactado por su cuenta la circular que le corresponde, reflejando indirectamente los juicios con que aprecian esta medida. Mientras la de relaciones exteriores es explícita y terminante, la del interior parece un tanto desganada, y la de guerra llega a extremar el laconismo hasta evidenciar el pie forzado a que obedezca”.<sup>(42)</sup> En definitiva, las elecciones en la capital debían ser vistas como una prueba de las intenciones de la nueva administración respecto al perfeccionamiento del sistema político: “... serán la piedra de toque que permitirá darse cuenta de si el

país podrá inaugurar una era de franca rehabilitación política, o si quedará entregado a una oligarquía que se ha metido en el bolsillo, entre otras cosas, las garantías de la libertad del sufragio....”<sup>(43)</sup>

Al mismo tiempo, el diario intensificó su labor informativa y propagandística sobre la organización de los partidos de la coalición, y sobre las expresiones que la movilización política tomaba en la Capital Federal, y operaría el día de las elecciones como un instrumento de campaña de suma importancia. Las direcciones de los comités en las veinte circunscripciones, así como las autoridades de los distintos clubes republicanos y coalicionistas, y la lista de los candidatos, aparecían repetidamente a medida que se acercaban las elecciones. Faltando una semana, el diario informaba que los comités coalicionistas llevaban “cómputos rigurosos” de la evolución de los votantes porteños, contándose para esa fecha con 18.000 votos seguros para la lista de la coalición; más aún, se había manifestado en los últimos días “una nueva corriente de opinión decididamente favorable a la causa de la reivindicación del libre sufragio que la coalición representa”, por lo que se auguraba que la lista alcanzaría 25.000 votos.<sup>(44)</sup>

Este entusiasmo iba acompañado por numerosas denuncias y llamados de atención sobre las maniobras que las fuerzas ugartistas estaban desarrollando en la ciudad. Algunos días antes de la elección ya había “cotización pública de votos, a distintos tipos, según las circunscripciones”, los comités compraban libretas, se hacían tratos por empleos y nombramientos, se contaba con el favor oficial para obtener pasajes “para importar elementos”, se alistaban “peonadas íntegras”, y “toda una legión de comisarios provinciales despliega las redes de su pericia a la pesca de votantes”. En los corralones municipales, los capataces, que según el diario trabajaban para la Unión Electoral, hacían recolección de libretas, exigiéndoselas a peones y carreros bajo amenaza de recargo de tareas o de despidos.<sup>(45)</sup>

El día de las elecciones el diario reprodujo una publicación de la coalición que consistía en una lista de instrucciones sobre “cómo votar”, en la que se explicaba a los votantes, paso a paso, el procedimiento a seguir, según la ley electoral, para asegurarse que ese voto quedara registrado: la presentación de la partida cívica, la boleta en papel blanco, impresa o manuscrita, “doblada en cuatro”, expresando los nombres de los candidatos elegidos, los pasos que debían seguir las autoridades de la mesa para registrar el voto, y las penas establecidas en el código penal para quienes adulteraran votos, registros o actas. Se recordaba también a los votantes que las listas de la coalición podían obtenerse “en todos los comités de los partidos populares y en la imprenta de *La Nación*”.<sup>(46)</sup>

La preocupación por hacer accesible a los votantes las boletas a ser utilizadas (así como las instrucciones básicas sobre qué hacer con ellas) se vería justificada por las denuncias que al día siguiente se harían sobre las maniobras a las que habrían recurrido las fuerzas ugartistas: para que los fiscales adeptos pudieran reconocer a los votantes “comprados” se les entregaban boletas “cortadas en forma de óvalo”, y en algunas mesas se admitían solamente estas boletas. Los republicanos



por su parte parecen haber encontrado procedimientos bastante sencillos para desbaratar la maniobra: “advirtiendo a tiempo el ardid, la coalición pudo burlarlo fácilmente, cortando en la misma forma sus boletas para las referidas mesas”.

Además de la manipulación de las boletas, la crónica de la elección abunda en detalles sobre la política de “compra de votos” a la que recurrieron los ugartistas, y sobre la evolución de las cotizaciones en las distintas circunscripciones. Así, por ejemplo, en la circunscripción 3ª (Santa Lucía) cuando en horas de la tarde la necesidad de votos para la Unión Electoral se hizo clara, se produjo un alza en la cotización de las libretas “habiéndose pagado por algunas un precio de 80\$”. En la 7ª (San Carlos Norte), en cambio, el precio de las libretas se había mantenido en 20\$ hasta las 12, “hora en que la coalición llevaba una ventaja de más de 150 votos”. A las dos de la tarde, la Unión Electoral, “que a esa altura no tenía ya un solo voto consciente”, hizo un esfuerzo supremo ofreciendo 30\$ por libreta; sin embargo, los votantes se mostraron más exigentes, reclamando “hasta 40 y 50\$”, lo que puso en serios aprietos a los directores del comité. “El descontento se hizo general cuando se corrió la noticia de que el comité no pagaba las libretas, lo que produjo el desbande y las protestas consiguientes”. Las maniobras de quienes confiando “en la ley demasiado célebre de oferta y de demanda”, esperaban hacer ganancias demorando su voto hasta última hora de la tarde se vieron frustrados por la avalancha de votos republicanos que “aplastó de golpe la plaza. Defraudando cálculos de economía, la oferta bajó en un cuarto de hora a nada”.

A la par que ridiculizaba los frustrados intentos de la Unión Electoral por explotar los votos venales, el diario destacaba la disciplina y el entusiasmo cívico de los votantes de la coalición, elogio extendido también a los socialistas, tanto por su activa propaganda a través de carteles y panfletos como por la novedosa introducción de la presencia femenina en la campaña. Según *La Nación*, en la 3ª circunscripción los socialistas habían desarrollado “una forma yanqui de conseguir adeptos: por medio de lindas muchachas obreras que, vestidas de rojo, ocupaban carros que recorrían los puntos más frecuentados”. En la circunscripción 4ª (San Juan Evangelista, la Boca), donde dos años antes el candidato socialista Alfredo Palacios había recibido los votos republicanos para acceder a la Cámara de Diputados, la presencia femenina en la campaña socialista también se había hecho sentir: “numerosas señoritas recorrían en victorias descubiertas las calles de la parroquia y los lugares próximos a los comicios inspirando entusiasmo a los partidarios. Las jóvenes socialistas llevaban en las manos banderitas rojas y en los trajes lazos de cintas encarnadas”. Tal vez más sobrios, los partidarios de la coalición eligieron concentrarse frente a la pizarra colocada en la redacción del diario, siguiendo con entusiasmo los resultados del escrutinio y saludando con vítores el triunfo de “los partidos populares”.<sup>(47)</sup>

El triunfo de la coalición se había basado principalmente en una exitosa tarea de movilización de los votantes porteños. De los 19.000 votos emitidos en la elección para diputados de 1904 se había saltado a 32.000, convirtiendo a la

elección de 1906 en una de las de mayor participación popular de todas las elecciones anteriores a la reforma electoral de 1912 (ver cuadro 2).<sup>(48)</sup> Esta exitosa movilización de la opinión pública porteña constituía el eje central de los argumentos utilizados por *La Nación* en la campaña de 1906, y se basó en la utilización recurrente de una imagen arraigada en la tradición política mitrista: la identificación del mitrismo como la representación más genuina de la causa porteña, y de esta causa como la de la defensa de la libertad política, amenazada por fuerzas extrañas a la ciudad, que son vistas como agentes del atraso y la corrupción. En este caso particular ese papel le correspondía al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Marcelino Ugarte, y sus intentos de incursionar en la política porteña a través de lo que el diario describió como “la invasión platense”:

“comisarios de hacha y tiza, diputados rurales de gato y embudo, y empleados en procura de parranda y ascenso, tales son los elementos activos con que el señor Ugarte acaba de reforzar las desalentadas filas de los oficialistas profesionales”.<sup>(49)</sup>

Contra esta invasión corruptora, la ciudadanía porteña se alzaría unánime para depositar su voto por la lista de la coalición; según anunciaba el diario, la movilización alcanzaba tal magnitud que hasta se conocían casos de “ciudadanos que, hallándose enfermos, se harán llevar a su comicio para cumplir su deber”. Contra el intento ugartista de hacer en la capital una elección “con elementos reclutados en los arrabales de los pueblos de campo” se alzaría “la antigua altivez porteña”, y el día de la elección se vería “un espectáculo digno de la gran ciudad”. Millares de ciudadanos, que se habían mantenido alejados por “los desencantos de la política” depositarían sus votos por la lista de la coalición, “que representa la dignidad cívica de Buenos Aires”.<sup>(50)</sup> El triunfo electoral consiguiente también fue analizado desde esa perspectiva, marcándose en las páginas del diario el contraste entre el exitoso movimiento cívico de la capital y “la parodia electoral en la provincia”, donde “una completa quietud predominaba en los atrios”, enfatizándose además la necesidad de trasladar esa reacción cívica de la capital hacia las provincias.<sup>(51)</sup>

El mismo día que se publicaban los resultados de las elecciones se daba la noticia de la muerte de Manuel Quintana, por lo que la presidencia quedaba definitivamente en manos de Figueroa Alcorta, y sobre él se volcaban todas las expectativas de quienes apoyaban un programa de transformación política.

En la Cámara de Diputados, en el debate sobre la aprobación de los diplomas de los diputados electos, Carlos Pellegrini sostenía que contra una mayoría sin ideales que se había agrupado solamente por un instinto de defensa, se había levantado el programa de “reacción institucional y de libertad de sufragio” proclamado por “la coalición de los dos partidos tradicionales que en un momento dado de su vida han comprendido las verdaderas exigencias del sentimiento y del anhelo nacional...”. Pellegrini veía a la coalición como los verdaderos herederos del Acuerdo de los “partidos tradicionales”, el PAN y el mitrismo, mientras daba por desapa-

recido al primero: "¿A qué partido político responde esa mayoría que ha prejuzgado sobre estos diplomas? Y me contesto que a ningún partido. Conocemos los partidos tradicionales de nuestro país. Se ha dicho que representa al Partido Autonomista Nacional, con el cual allá en un tiempo tuve alguna solidaridad; pero debo confesar que a ese partido no lo veo aquí...". En el mismo debate, el republicano Santiago O'Farrell señalaba que toda la Cámara parecía estar dominada por los principios de la coalición, tan grande parecía ser el acuerdo en torno a sus principios: "la evolución tranquila, pero enérgica, hasta implantar el sufragio libre, que es la única gran conquista que nos faltaba alcanzar en la república".<sup>(52)</sup> Ese clima de entusiasmo se veía reforzado por las claras señales que se emitían desde la presidencia de la Nación: tanto por la participación de dirigentes de la coalición en el gabinete, como por las declaraciones del mismo Figueroa Alcorta, el programa de reforma institucional parecía avanzar a grandes pasos. Sin embargo, en pocos meses esa primera impresión se había transformado dramáticamente. Por una parte, la muerte de Carlos Pellegrini significó un duro golpe para la coalición y su programa. Por otra, hacia fines de 1906 el Presidente se había visto forzado a cambiar de rumbo, negociando con las fuerzas de Ugarte una nueva alianza, y durante 1907 su política de activa intervención en las situaciones políticas provinciales lo llevaría a la ruptura definitiva con los republicanos.<sup>(53)</sup>

### La crisis institucional y las elecciones de 1908

Los conflictos entre el presidente Figueroa Alcorta, el gobernador Ugarte, los roquistas y las demás fuerzas políticas alcanzaron un punto culminante en enero de 1908, cuando tras retirar los asuntos pendientes el Presidente clausuró el Congreso, motivado principalmente por los obstáculos que los ugartistas habían colocado a la aprobación del presupuesto nacional. Estanislao Zeballos, ministro de Relaciones Exteriores de Figueroa Alcorta escribía a Roque Sáenz Peña tras los sucesos de enero:

"Hemos dado lo que aquí se llama 'un golpe de estado', es decir, que hemos clausurado el Congreso, dando así a Roca y a Ugarte unidos un golpe de catapulta... Hemos soplado y el castillo de naipes se ha desplomado. No ha habido diez personas que reunidas dieran un viva al Congreso, al General Roca o a Emilio Mitre".<sup>(54)</sup>

Frente a quienes se habían ilusionado con las posibilidades del programa de reforma institucional, Figueroa Alcorta parecía haber adoptado una postura pragmática, optando por los métodos de la política tradicional que habían sido condenados por el mismo Presidente poco tiempo antes.<sup>(55)</sup> Las tensiones políticas aumentaron, y rumores de posibles levantamientos revolucionarios comenzaron a circular. El representante diplomático británico informó a Londres que Emilio Mitre había reconocido la posibilidad de enfrentamientos armados, y para este

observador la mayor responsabilidad le cabía a los juegos políticos del Presidente.<sup>(56)</sup>

En ese contexto se llegó a las elecciones para diputados nacionales en marzo de 1908. El Partido Republicano, denunciando la política de fraude e influencia desarrollada desde la presidencia, decidió abstenerse de participar. *La Nación* se volcó a criticar enérgicamente los distintos ejemplos de influencia oficial en la elaboración de las listas de diputados y los casos de fraude ocurridos durante la elección. El Presidente había desatado una peligrosa "regresión institucional" en su búsqueda de "una mayoría accidental en la cámara de diputados".<sup>(57)</sup> El tema recurrentemente elegido por el diario consistía en una crítica al intento presidencial por llevar adelante un programa de reforma institucional utilizando precisamente los métodos y prácticas que habían caracterizado al "antiguo régimen", esto es, la intervención en las provincias y el control de las elecciones: "por estos medios se realiza la campaña anunciada contra los viejos predomios del fraude político. En verdad, el sistema será eficaz. Nada mejor para curar una erupción en la cara que cortar la cabeza del paciente".<sup>(58)</sup>

El día de las elecciones el diario advertía que en la Capital "la lista presidencial" no encontraría oposición, dado que sólo concurriría la Unión Patriótica, "sin esperanzas ni pretensiones de triunfo". De todos modos, el diario imprimió en su primera plana un "aviso-boleta electoral" de la Unión Patriótica, en la que se presentaba la lista de candidatos y se invitaba al pueblo de la Capital "a recortarla y votar por ellos en las elecciones de hoy".<sup>(59)</sup> Más esperanzas despertó la campaña de los socialistas, en particular la atracción que Alfredo Palacios había levantado en los últimos días previos a la elección, "un verdadero movimiento de simpatía", impulsado por "núcleos importantes de elementos independientes", principalmente jóvenes universitarios. Al igual que en 1906, "una comisión de señoritas recorría en carruaje las calles de la Boca y Barracas, haciendo propaganda en favor de los candidatos del partido".<sup>(60)</sup> Fue precisamente esa circunscripción la que el oficialismo perdió frente al socialismo.

El resultado de las elecciones demostró que el control de las mismas de parte del oficialismo fue absoluto. La abstención de los republicanos y las denuncias previas contra el fraude oficialista explican la caída en el total de votos (25.283 contra los 32.000 de dos años antes, aunque según *La Nación* había votado efectivamente mucha menos gente). El final de la coalición quedó ilustrado con la reelección de Eliseo Cantón y Manuel Carlés, elegidos como "autonomistas" pellegrinistas en 1904, y reelectos en 1908 por la lista "presidencial". Si bien no obtuvieron bancas, los socialistas realizaron una muy buena elección, y su total de votos creció de 2.173 a 7.462, ganando nuevamente la 4ª circunscripción y terminando muy cerca del oficialismo en algunas otras. Tal como preveía *La Nación*, la Unión Patriótica, en cuya lista figuraban algunos notables como Indalecio Gómez, el general Rosendo Fraga, Manuel Obarrio y Ramón Santamarina, hizo una muy mala

elección, sacando menos votos que los socialistas en todas las circunscripciones (ver cuadro 3).

Las denuncias de fraude a través del manejo de libretas, rechazo de fiscales de la oposición, vuelco de padrones durante las horas del comicio, y distintas formas de presión sobre los votantes, se repitieron en todas las circunscripciones, y para *La Nación*, si bien los resultados que ofrecían las actas mostraban un total de 25.283 votantes, "puede asegurarse sin temor a incurrir en exageración que en toda la Capital no han sufragado ayer más de 14.000 personas, incluyendo también los votantes con libreta ajena".<sup>(61)</sup> El fraude se había vuelto más escandaloso en la ciudad de Buenos Aires, por el recuerdo de la "fiesta cívica" de 1906, que había simbolizado el progreso de la cultura política porteña ya que, según sostenía el diario, en una expresión idealizada de los progresos alcanzados, en la capital "están habitualmente excluidos los falseamientos del comicio", por lo que el fraude realizado "se creía ya inconciliable con su grado de progreso político". Y, sin embargo, en una línea mucho más pragmática, el diario sostenía también, que la influencia presidencial podría haberse volcado en una dirección aceptable:

"Aun dentro de este último atentado hubiera podido (el Presidente) revelar altura de propósitos y amplitud de miras, imponiendo, ya que de imponer se trataba, a ciudadanos eminentes, capaces de representar un ideal de civismo. Véanse algunos nombres singularmente significativos en la nómina triunfadora y podrá medirse por ellos la regeneración institucional que el destino nos depara".

Pero el argumento más importante desarrollado por el diario en su análisis de los resultados retomaba un tema tratado antes de las elecciones, en las críticas del diario hacia la política del presidente Figueroa Alcorta: la contradicción entre el fin de regeneración política perseguido y los medios utilizados para alcanzarlo ("cortar la cabeza del paciente para curar una erupción en la cara"):

"Según esa teoría, hay que matar primero al organismo para reconstruirlo después sobre nuevos modelos; anular los progresos institucionales que el país ha afianzado en la brega dura y penosa de su elaboración constitucional para ofrecerle después, servida en bandeja, la plenitud de su capacidad cívica y política. Es una providencia que esgrime la maza del exterminio, reservándose para más tarde la misión de tender su arco iris sobre las borrascas que ha desencadenado ...Pero nadie ha pensado que era necesario descender hasta la anarquía de otras épocas para elevarse después a las fórmulas del civismo; nadie ha creído que para alcanzar las libertades de Inglaterra fuera necesario pasar antes por las descomposiciones de Rusia. Son los voceros de la nueva política los que se atreven a cargar por vez primera con semejante doctrina. Creen que puede llegarse a la libertad del voto rompiendo todas las garantías que lo amparan y a la normalidad de las instituciones violando todos los principios que las cimientan".<sup>(62)</sup>

Este era en definitiva el punto que separó a los republicanos de la política de



Figueroa Alcorta (y “los voceros de la nueva política”): mientras los primeros habían entendido que el camino hacia la reforma del sistema era consolidar las bases del movimiento cívico que tanto éxito había tenido en la Capital en 1906, e impulsar su proyección al resto del país; el Presidente, sitiado por los roquistas, optó por recurrir a la intervención en las provincias y al fraude electoral como instrumentos para asegurar el paso hacia la reforma política que encabezaría su sucesor, siguiendo de ese modo la lógica del régimen del Ochenta. Y en ese proceso, contra los pronósticos tanto de sus opositores como de observadores imparciales, Figueroa Alcorta demostró que su debilidad o falta de carácter eran sólo aparentes, y su control de las situaciones políticas provinciales y de las elecciones fueron utilizados exitosamente en el proceso de desarme de la maquinaria roquista y en la consagración de la candidatura presidencial de Sáenz Peña, quien eventualmente recibiría el apoyo electoral de los caudillos oficialistas. Los mitristas, agrupados en la Unión Cívica, liderados ahora por Guillermo Udaondo (tras el fallecimiento de Emilio Mitre en 1909), denunciaron el fraude oficial en las elecciones para senador nacional realizadas días antes a la elección presidencial de marzo de 1910 y en consecuencia decidieron abstenerse en esta última, dejando el camino libre para la consagración de la fórmula Roque Sáenz Peña-Victorino de la Plaza.<sup>(63)</sup>

Si la prensa política del cambio de siglo se caracterizó por la conflictiva dualidad que marcaban sus funciones como herramienta partidista por una parte, y ámbito de elaboración y discusión de principios y doctrinas por otra, *La Nación* no escapó a esa regla. Como instrumento del Partido Republicano, y de la Coalición Popular de 1906, el diario fue una eficaz herramienta de movilización de la opinión pública porteña, en un momento en el que la fragmentación y expansión de las fuerzas políticas de oposición, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, se constituyó en un elemento crucial del proceso de declinación y desaparición del sistema político roquista.

Como ámbito de discusión de principios políticos, *La Nación* defendió una línea reformista que —coincidiendo con los ideales de renovación y purificación de la política buscados por el gobierno—, atacó duramente la persistencia de prácticas tradicionales, como el fraude electoral y la intervención del gobierno nacional en las provincias, elegidas como el camino más apto para asegurar el triunfo de los ideales de regeneración política.

Las imágenes elegidas por el diario para atacar esa tensión entre medios y fines —“cortar la cabeza del paciente para curar una erupción en la cara”, o “pasar por las descomposiciones de Rusia para alcanzar las libertades de Inglaterra”—, ilustran la percepción que *La Nación* tenía de esa ambigüedad que condicionaba a los proyectos reformistas de comienzos de siglo: la coexistencia de ideales de transformación institucional y de una profunda desconfianza respecto a la capacidad de la sociedad para llevar adelante por sí misma esa transformación, que conducía inevitablemente al mantenimiento de los viejos vicios de la política argentina en un contexto de aparente renovación.

## NOTAS

- (1) Para una visión general del período véase, Ezequiel Gallo, "Argentina: society and politics, 1880-1916", en: Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, vol. V, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; y Natalio Botana, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977. Para los cambios políticos tras el cambio de siglo, Carlos Melo, *Los partidos políticos argentinos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1970; Roberto Etchepareborda, "Las presidencias de Urriburu y Roca", y Donald M. Peck, "Las presidencias de Manuel Quintana y José Figueroa Alcorta. 1904-1910", ambos en: Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- (2) Sobre la política electoral en Buenos Aires hacia el cambio de siglo véanse los trabajos de Paula Alonso, "Politics and Elections in Buenos Aires, 1890-1898: The Performance of the Radical Party", *Journal of Latin American Studies*, 25, 1993; "Voting in Buenos Aires before 1912", manuscrito no publicado; Dolores Cullen, "Electoral Practices in Argentina 1898-1904", Tesis Doctoral, Universidad de Oxford, 1994. Sobre la evolución del sistema político argentino en una perspectiva comparada a nivel provincial y nacional, Fernando Devoto y Marcela P. Ferrari (comps.), *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Biblos, 1994. Sobre los debates en torno al reformismo social, Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- (3) Ernesto Quesada, "El periodismo argentino", en: *Nueva Revista de Buenos Aires*, vol. IX, 1883; M.G. y E.T. Mulhall, *Handbook of the River Plate*, London, 1885; "El libro en la Argentina. Lo que se compra y lo que se desdeña", *La Nación*, 04/01/1898, citado en Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988. Sobre la circulación de libros y revistas y el surgimiento de un mercado literario véase también Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del Centenario: Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983; y Jorge B. Rivera, "La forja del escritor profesional (1900-1930). Los escritores y los nuevos medios masivos", en: *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1980/1986, vol. 3.
- (4) *Segundo Censo de la República Argentina*, 1895, vol. III, cap. VII - "Instrucción Pública", pág. LXVII.
- (5) Tim Duncan, "La prensa política: 'Sud-América', 1884-1892", en: Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), op. cit.
- (6) Citado en Tim Duncan, op. cit., pág. 761.
- (7) Ídem, págs. 767-768. Esa dualidad de la prensa política originada en el intento por ser al mismo tiempo un ámbito de la discusión y un defensor de una posición política particular motivaba la amarga crítica de Juan B. Justo a *La Nación*, de la cual había sido colaborador, en 1899: "La Nación habla de política, en el alto y verdadero sentido de la palabra..., pero reserva su energía para defender las porquerías de las camarillas mitristas". Citado por Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pág. 17.
- (8) Sobre la prensa periódica y "la cultura de la movilización" como elementos de la formación de una "esfera pública" en Buenos Aires, Hilda Sabato, "Citizenship, Political Participation and the Formation of the Public Sphere in Buenos Aires 1850s-1880s", *Past and Present*, Nº 136, august 1992. Para una visión general del periodismo político en Buenos Aires en la segunda mitad del siglo diecinueve, Tulio Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- (9) Esa concepción de la libertad de prensa, que caracterizó a la circulación de la prensa política de la segunda mitad del siglo diecinueve, se extendería a comienzos de este siglo al caso de las publicaciones anarquistas y socialistas. En el *Segundo Censo Nacional* de 1895, el comentarista lamentaba que hubiera publicaciones de esas tendencias ("como una mancha de sol en nuestros progresos..."); en el *Tercer Censo Nacional* de 1914, en cambio, el comentarista distinguía entre la prensa socialista, instrumento de "propaganda ilustrada y persuasiva", y el anarquismo, que "trata de imponerse por medio del terror y de la violencia". Aun así, la circulación del periódico anarquista *La Protesta*, a pesar del tono violento y provocativo de sus páginas, fue restringida en casos excepcionales.

- (10) Ema Cibotti, "Sufragio y opinión pública en Buenos Aires. Las elecciones municipales de 1883 en la prensa porteña", en: Antonio Annino (comp.), *Historia de las elecciones en América Latina. Siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, 1995. En el mismo sentido según Tim Duncan, "la ligazón entre política y prensa hacía de la política un asunto mucho más público que el que generalmente se sugiere". Tim Duncan, op. cit., pág. 775. Sobre el papel de la prensa como elemento movilizador de las colectividades inmigrantes, véase Hilda Sabato y Ema Cibotti, "Hacer política en Buenos Aires. Los italianos en la escena pública porteña 1860-1880", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, N° 2, Buenos Aires, 1990.
- (11) Sobre la formación del concepto de "opinión pública" en el siglo dieciocho, véase Keith Michael Baker, "Public opinion as political invention", en: *Inventing the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; y Roger Chartier, "The Public Sphere and Public Opinion", en: *The Cultural Origins of the French Revolution*, Durham and London, Duke University Press, 1991. Sobre las formas en las que esa brecha entre el ideal kantiano de la esfera pública y las prácticas concretas de la prensa política se expresaba en la Francia del siglo diecinueve véase William M. Redd, "Condottieri of the Pen: Journalists and the Public Sphere in Postrevolutionary France (1815-1880)", *American Historical Review*, vol. 99, N° 5, december 1994.
- (12) La cita de Figueroa Alcorta en H. Mabrugaña, *Los Mensajes. Historia del desenvolvimiento de la Nación Argentina reductada cronológicamente por sus gobernantes. 1810-1910*, Buenos Aires, 1910, vol. VI, pág. 319. Eduardo Wilde citado en Dolores Cullen, op. cit., pág. 34.
- (13) El llamamiento a la Convención de Notables de 1903, en Carlos Melo, op. cit., pág. 291. Sobre los "gobiernos electores" en la Argentina del cambio de siglo, Natalio Botana, op. cit., págs. 65-81. Véase también F.X. Guerra, sobre la "lógica patricia" respecto a la representación política, y respecto a formación de la opinión pública para el caso hispanoamericano en "Las metamorfosis de la representación en el siglo XIX", en: Georges Couffignal (comp.), *Democracias posibles. El desafío latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994; y *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Mapfre/Fondo de Cultura Económica, 1993.
- (14) La cita de Wilde está tomada de Dolores Cullen, op. cit., pág. 33. Sobre las clausuras de *La Nación* entre su fundación y 1901, Ricardo Sidicaro, op. cit., pág. 16. Las posiciones políticas adoptadas por el diario sobre distintos temas generaban no solamente conflictos de origen "externo", como las clausuras del diario, sino también disputas internas, entre los distintos directivos del diario, y en sus relaciones con otros diarios. Ejemplos de situaciones conflictivas pueden verse en la carta de José Ceppi a José María Drago, de septiembre de 1901, en *Archivo del Museo Mitre*, A9 C1 C96 N° 16.721; y la carta de Julio Piquet a Emilio Mitre de agosto de 1900, en A9 C1 C98 N° 16751. En AE C22 C89 N° 16.244, carta de Agustín de Vedia a Emilio Mitre sobre las relaciones entre *La Tribuna* y *La Nación*.
- (15) Ricardo Sidicaro, op. cit., pág. 19.
- (16) Cf. Carlos Melo, op. cit., págs. 277-278. Según Roberto Etchepareborda (op. cit., pág. 279), el partido tomó en su comienzo el nombre de "Reacción Cívica".
- (17) En el *Archivo del Museo Mitre*, documento A E C15 C90 N° 16300, véase borrador manuscrito sin fecha de Emilio Mitre contestando ofrecimiento del General Roca: "violentárame compartir gobierno formado fuera de mi propia tendencia y reciente actuación políticas". En A9 C1 C98 N° 16.716 al 16.762, correspondencia de 1900-1901 entre Emilio Civit (ministro de Obras Públicas de Roca) y Emilio Mitre sobre las obras en el puerto de Rosario.
- (18) *Caras y Caretas*, 26 de julio de 1902. Muchos de estos dirigentes provenían del Club Popular, fracción de la Unión Cívica Nacional puesta a la continuación del Acuerdo con el roquismo. Cf. Dolores Cullen, op. cit., pág. 190. Según un testigo de la época, los estudiantes universitarios provenientes de las familias tradicionales apoyaban al nuevo partido: "Entre los estudiantes de la Facultad de Derecho, los que pertenecían al viejo patriarcado de la capital eran afiliados al comité republicano que prestigiaba el nombre de Guillermo Udaondo para presidente. Entre los más apasionados se hallaba Carlos Alberto Pueyrredón, presidente del comité de la juventud. Cursaba un año superior, pero salíamos juntos de clase y regresábamos a nuestras casas, caminando por la calle Florida, con el Código Civil bajo el brazo. Generalmente entrábamos a *La Nación*, donde yo dejaba al cronista universitario las noticias de las clases

que se dictaban en el primer año". Miguel Ángel Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pág. 121.

(19) Desde los últimos meses de 1902, y durante los años siguientes, especialmente a medida que se acercaban las campañas electorales, *La Nación* publicaba abundante información sobre la formación de comités y clubes del partido en Buenos Aires y el interior. Véase también "La bandera popular" (en apoyo al Partido Republicano), en: *La Prensa*, 12/11/1902, pág. 3. Sobre las primeras representaciones del partido en provincias del interior véase Dolores Cullen, op. cit., págs. 191-193.

(20) Entre los papeles personales de Emilio Mitre se encuentran unos apuntes manuscritos fechados en octubre de 1903 en los que se resume una conversación mantenida entre Emilio y su padre, Bartolomé Mitre, sobre la candidatura presidencial del primero. Tras asegurar a su hijo que dicha candidatura no comprometía su ya decidido retiro político, el general Mitre parece favorecer la candidatura de Udaondo: "—Pero hasta ahora se ha dicho, me observó después, que el candidato sería Udaondo. — Los dos nombres han sonado, le contesté. Y yo siempre he estado dispuesto a trabajar por Udaondo. A los amigos que me han visto les observé también que, siendo Udaondo el candidato, *La Nación* tendría su acción desembarazada, mientras que siendo yo, iba a ser difícil que el diario hiciera pesar bien su influencia en la campaña. — Es un inconveniente, sin duda. Udaondo tiene la foja de su gobierno, que lo recomienda. Pero la proclamación que ahora se haga, es un episodio, será la primera sangre... De cualquier modo, agregé con cierta resolución, las dos candidaturas son buenas. — Bueno, dije yo en tono de resumen: les diré que Ud. no justifica mis objeciones a mi propia candidatura, pero que la de Udaondo consultaría mejor la actitud que Ud. se ha trazado. — Eso puede decirles, me contestó con su dulce expresión. — La campaña va a empezar a animarse un poco, dije yo. — Sí, va a animarse. Entró gente y me levanté." En *Archivo del Museo Mitre*, A9 C1 C97 N° 16.694.

(21) Emilio Mitre, *Federalismo y Libre sufragio*. Discurso político pronunciado en el banquete a los convencionales del Partido Republicano, noviembre 23 de 1903, Buenos Aires, Imprenta de *La Nación*, 1903.

(22) Véase *La Nación*, 5, 6 y 8 de mayo de 1906, para las tareas de organización de los partidos Republicano y Autonomista de Rosario y Santa Fe y las tareas de la junta directiva de la Coalición, en la que actuaban Eliseo Videla, José Leguizamón, Lisandro de la Torre, Enrique Thedy, y Nicanor M. Molina, entre otros. Además de los anuncios en *La Nación*, puede encontrarse información sobre la organización de comités y clubes republicanos y coalicionistas en *Archivo Museo Mitre*, A5 C3 C4 N° 342, N° 351, AE C22 C89 N° 16.262, 16.429. En AE C22 C89 N° 16.243 se encuentran recibos de suscripción al Fondo del Partido Republicano, pagados por Guillermo Udaondo, fechados en febrero de 1906. Sobre las polémicas en torno a las contribuciones económicas de los candidatos a sus partidos, véase Dolores Cullen, op. cit., págs. 344-346.

(23) En *Archivo Museo Mitre*, AE C15 C90 N° 16.311, se encuentran caricaturas de *Curas y Caretas y PBT* de 1906 relativas a la formación de la Coalición. La primera publicación, bajo el título "La Coalición. Taller de Composturas", mostraba a los representantes de los dos partidos intentando armar muñecos de juguete con distintas partes, cabeza "republicana" y cuerpo "autonomista" y viceversa, quienes exclamaban resignados: "Esto no pega ni con cola!". En la segunda, un diminuto Emilio Mitre era acompañado por una gran mano que lucía las iniciales CP (Carlos Pellegrini) en el puño de la camisa, y la leyenda decía: ¿Por qué el republicano dejará que le lleve de la mano el de la Coalición siendo ya el ciudadano que ocupa el primer puesto en *la nación*?

(24) En *Archivo Museo Mitre*, A9 C1 C96 N° 16.672, carta de junio de 1907 de un miembro del Partido Republicano relatando en tono indignado a Emilio Mitre un incidente en el Comité Central del Partido Republicano en la que alguien se había proclamado: "netamente pellegrinista en una reunión de elementos republicanos".

(25) Cf. *La Nación* entre enero y marzo de 1904.

(26) *La Nación*, 29/02/1904, pág. 6, "Hechos y propaganda".

(27) Cf. Carlos Melo, op. cit., págs. 304-309.

(28) "El tráfico de votos", en: *La Nación*, 07/03/1904, pág. 5.

(29) También los republicanos fueron acusados de usar influencias indebidas sobre los votantes por los



- defensores de Villanueva. Cf. Dolores Cullen, op. cit., pág. 222. Véase también en *La Nación* del 08/03/1904, los artículos "El mercado de votos" (pág. 6), y "Las trapisondas de la ley electoral" (pág. 7), para otras denuncias contra la compra de votos y contra el nuevo régimen electoral.
- (30) *The Review of the River Plate*, 12/03/1904, pág. 481.
- (31) Carta de Ernesto Tornquist a Benito Villanueva, 14 de febrero de 1904, en Archivo Roca, citada por Dolores Cullen, op. cit., pág. 238.
- (32) Cf. "Las elecciones en la capital", *La Nación*, 14/03/1904, pág. 5; "El fracaso de la reforma electoral. Las pruebas"; *La Prensa*, 01/05/1904, pág. 4. En *La Prensa*, 04/05/1904, pág. 7, se informa sobre un juicio penal a escrutadores de dos mesas electorales acusados de fraude.
- (33) *The Review of the River Plate*, 19/03/1904, pág. 531.
- (34) También puede verse esto en la correspondencia de esos días de Felipe Yofre, influyente dirigente roquista, quien en carta a un partidario en Córdoba de mayo de 1905, refleja la caída en la capacidad de patronazgo de la maquinaria roquista: "Yo no puedo pedir empleo para ningún amigo en el interior ni aun para acá, en la Administración de Correos, porque todo pedido mío de ese carácter se supone que es para un roquista y los amigos de Roca han perdido hoy la confianza del gobierno... Mi posición personal y el cambio de situación política en el país, no nos permite hoy hacer lo que antes podíamos, así es que espero que tu me disculpes, que llegará tiempo en que podamos ser más útiles que ahora". *Archivo Felipe Yofre 1887-1907*, Legajo de Correspondencia N° 1, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, pág. 342.
- (35) *The Review of the River Plate*, 19/03/1904, pág. 531.
- (36) Sobre Pellegrini y el proteccionismo, véase la opinión de Felipe Yofre unos años antes: "El partido nacional tiende a transformarse, ya era tiempo... Nuestro partido vestirá la escarapela azul y blanca del proteccionismo nacional. El Doctor Pellegrini se ha puesto a la cabeza, y armado de todas las armas, renovará los trabajos de Teseo, redimiendo a la Argentina de la contribución del minotauro, que en forma de materia prima, en vez de doncellas, paga a la vieja Europa". Carta de Felipe Yofre a Lucas Ayarragaray, 8 de noviembre de 1899, en: *Archivo Felipe Yofre, 1887-1907*, Libro de copias (correspondencia) N° 1, pág. 208, Archivo General de la Nación. Véase también, José Carlos Chiaramonte, *Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1971; y Donna J. Guy, "Carlos Pellegrini and the Politics of Early Argentine Industrialization, 1873-1906", en: *Journal of Latin American Studies*, vol. 11, part. 1, 1979.
- (37) Según Díaz Alejandro, el porcentaje del total de los derechos de importación con respecto al valor real de las importaciones que se alcanzó en 1910 (20%), "no parece compatible con el libre comercio". Estos niveles descendieron progresivamente durante la segunda década del siglo, comenzando a crecer nuevamente durante los años veinte, alcanzando el 28,7% en 1933. Carlos Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, págs. 276-277.
- (38) W. Townley a Sir Edward Grey, 28 de febrero de 1907, en F.O. 371/194, Public Records Office, Londres.
- (39) "Los servicios públicos", *La Nación*, 30/06/1906, pág. 7, y "El estado y los servicios públicos", *La Nación*, 03/12/1906, pág. 7; "El latifundio urbano", *La Nación* 30/06/1906, pág. 7; "La distribución de la tierra", *La Nación* 10/09/1906, pág. 6; "La dependencia económica. Serio Peligro", *La Nación*, 21/12/1906, pág. 7; "Nacionalización de servicios públicos", *La Nación*, 11/03/1907, pág. 5. Sobre la "ley Mitre"; Eduardo A. Zalduendo, "Aspectos económicos del sistema de transportes de la Argentina (1880-1914)", en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), op. cit. Sobre las transformaciones en el pensamiento económico en la Argentina de comienzos de siglo, E. Zimmermann, op. cit., págs. 45-49 y 83-91.
- (40) En febrero de 1907, José León Suárez, dirigente del Partido Republicano escribía a Emilio Mitre pidiendo se reconocieran los méritos de Villanueva: "Yo me creo esencialmente autorizado para opinar sobre el valor electoral de los hombres y de los partidos de la Capital y puedo asegurarle, como otras veces se lo he dicho, que la coalición necesita imprescindiblemente de Villanueva y que sin él nos anularíamos en absoluto". En Archivo Museo Mitre A9 C1 C96 N° 16.624. Durante el verano de 1907 Villanueva se cartea con Emilio Mitre permanentemente, discutiendo los pasos a seguir por la Coalición en las distintas situaciones provinciales. Cf. ídem, N° 16.621, 16.623 y 16.626.
- (41) Cf. Donald Peck, op. cit., págs. 311-312; H. Mabragaña, op. cit., vol. VI.
- (42) *La Nación*, 1, 2 y 3 de marzo de 1906.



- (43) "Las elecciones en la capital", *La Nación*, 03/03/1906, pág. 6.
- (44) La lista completa de los comités del Partido Republicano en la Capital Federal puede verse en: *La Nación*, 01/03/1906, pág. 6; autoridades del Club Coalicionista, 03/03/1906, pág. 7; los pronósticos sobre el resultado de las elecciones en: *La Nación*, 05/03/1906, pág. 6.
- (45) "Tentativa de soborno", *La Nación*, 07/03/1906, pá. 7; *La Nación*, 10/03/1906, pág. 7.
- (46) *La Nación*, 11/03/1906, pág. 7.
- (47) Las crónicas de la elección en: *La Nación*, 12/03/1906, págs. 5-6.
- (48) La elección de 1906 fue percibida por los mismos actores como una elección extraordinaria. Según carta de Juan Balestra a Roque Sáenz Peña de 1910 (en Archivo Roque Sáenz Peña, 22.2.15, págs. 216-218, Archivo General de la Nación), esta elección había sido "la lucha más intensa de los últimos tiempos, en la que en el solo día de la elección se gastaron 600.000\$!". Según Balestra, el padrón de inscriptos había sido de 55.661, de los cuales habían votado 30.128 (casi 2.000 menos que la cifra que da *La Nación*; según las cifras oficiales, citadas en Cullen total de votos fue de 32.032). Las cifras de esta elección resultan más impactantes si se las compara con las de las elecciones de 1910, que alcanzaron 36.900 para las elecciones de senador nacional, 29.200 para diputados, y 22.800 para presidente, sobre un padrón de 70.255 inscriptos. La población total de la ciudad de Buenos Aires era de 950.000 en 1904 y de 1.230.000 en 1909, según los censos municipales de esos dos años. Los resultados electorales de 1910 en *Censo General de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1910, vol. II, pág. 380. Según Paula Alonso ("Voting in Buenos Aires before 1912", op. cit.) los porcentajes de votantes sobre el total de la población más altos fueron alcanzados en 1898 (36,1%), 1904 (34,6%) y 1906 (33,4%).
- (49) "La invasión platense", *La Nación*, 05/03/1906, pág. 5; véase también "La liza política", *La Nación*, 06/03/1906, pág. 6.
- (50) *La Nación*, 8, 9 y 10 de marzo de 1906.
- (51) *La Nación*, 12/03/1906, pág. 5; 13/03/1906, pág. 6.
- (52) *La Nación*, 09/05/1906, pág. 5. Un análisis parecido al de Pellegrini sobre la desaparición del PAN, hecho unos años más tarde, en: "¿Qué es el PAN?", *La Prensa*, 02/05/1909.
- (53) Sobre las intervenciones de Figueroa Alcorta en las provincias durante 1907, véase Peck, op. cit., págs. 320-324; y Donald Peck, "Argentinian Politics and the Province of Mendoza, 1890-1916", Tesis Doctoral, Universidad de Oxford, 1977. En Archivo Museo Mitre, A9 C1 C96 N° 16.647-16.668, puede consultarse abundante correspondencia entre los dirigentes republicanos en Buenos Aires y sus colegas correntinos, analizando la situación que conduciría a la intervención federal de 1907. Véase también "La táctica de la oligarquía", *La Prensa*, 14/03/1907, para un análisis de las actitudes de las oligarquías provinciales hacia Figueroa Alcorta.
- (54) Estanislao Zeballos a Roque Sáenz Peña, 26 de enero de 1908, y 7 de febrero de 1908, en Archivo Roque Sáenz Peña, 22.2.14, págs. 94-97, Archivo General de la Nación.
- (55) Según Ezequiel Ramos Mejía, también miembro del gabinete, tras su entusiasmo inicial por la reforma política, Figueroa Alcorta se había desilusionado: "Yo quería continuar con el programa del Presidente, de reacción institucional, mientras que él acabó por convencerse que su gobierno estaba perdido si continuaba soñando con idealismos que no cuadraban con nuestra cultura política. Varias veces le oí decir: 'Hay que convenir que el General Roca ha tenido toda la razón'. ¿Cuál de los dos estaba en lo cierto? Nadie podrá asegurarlo". Ezequiel Ramos Mejía, *Mis memorias. 1835-1935*, Buenos Aires, Librería y Editorial La Facultad, 1936, págs. 280-81.
- (56) Walter Townley a Sir Edward Grey, 27 de febrero de 1908, F.O. 118/284; y 31 de marzo de 1908, F.O. 371/397, Public Records Office, Londres: "For my part I anticipate no settled peace as long as such a flabby weathercock as Alcorta remains at the nominal helm. After all his manipulations, he has only a doubtful majority in the House and a strong hostile majority in the Senate, and all his friends are turning against him".
- (57) "Regresión insitucional", *La Nación*, 07/03/1908, pág. 7.
- (58) Cf. *La Nación*, 1, 2 y 3 de marzo de 1908, para denuncias sobre las formas de influencia presidencial en la campaña, tanto en Buenos Aires como en las provincias del interior. En "La lista bonaerense", *La Nación*, 06/03/1908, pág. 5, se sostiene que la lista de diputados por la provincia de Buenos Aires fue

elaborada otorgando ocho bancas a candidatos elegidos por el presidente y siete lugares para candidatos del gobernador. En *La Nación*, 08/03/1908, pág. 7 se publica un largo manifiesto del Partido Republicano de Corrientes explicando los motivos de la abstención.

(59) Los candidatos de la Unión Patriótica eran Lorenzo Anadón, Luis Beláustegui, Angel Estrada, Rosendo M. Fraga, Indalecio Gómez, Luis A. Huergo, Antonio Lanusse, Manuel Obarrio, Ramón Santamarina, Eufemio Uballes, y José Maúas Zapiola. *La Nación*, 08/03/1908, pág. 1.

(60) "La candidatura del doctor Palacios", *La Nación*, 08/03/1908, pág. 8; *La Nación*, 09/03/1908, pág.6.

(61) *La Nación*, 09/03/1908, pág. 6. En la edición del 11/03/1908, pág. 7, se amplían las denuncias por fraude en las distintas circunscripciones. En 15 y 16 de marzo de 1908, págs. 6-8, noticias sobre la organización y desarrollo de una manifestación de protesta contra "el fraude oficialista" llevada adelante por "el Partido Socialista y los grupos universitarios que adhirieron a la candidatura del Dr. Palacios".

(62) "El juicio de las elecciones", *La Nación*, 10/03/1908, pág. 7.

(63) Sobre Figueroa Alcorta como continuador de la lógica roquista, Natalio Botana, "El federalismo liberal argentino", en: Marcello Carmagnani (coord.), *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pág. 248. Sobre el apoyo de los caudillos electorales oficialistas a la fórmula Sáenz Peña-De la Plaza, cf. E. Zimmermann, op. cit., págs. 26-27.

**Cuadro 1**  
**Elecciones de diputados nacionales por la Capital Federal, marzo de 1904.**

Circunscripción	Aut. Nac.	Indepte.	Auton.	Repub.	Soc.
1. V. Sársfield	244	231	118	128	
2. S. Cristóbal Sur	870		465		
4. S. Juan Evangelista	949*		542		830
6. S. Carlos sur	258	341	602	141	
8. S. Cristóbal Norte	963*	849	227		
10. Balvanera Sur	583	513		280	110
12. Concepción	866	827	184	611	
16. Belgrano		531	489		
17. Palermo		832			
18. Las Heras	762	850		597	
19. Pilar	1084		752	839	
<b>TOTAL (18.468)</b>	<b>6.579</b>	<b>4.443</b>	<b>3.421</b>	<b>3.085</b>	<b>940</b>

Fuente: Carlos Melo, *Los partidos políticos*, op. cit., págs. 304-5 (según Melo el total de votos fue 19.952, sobre 28.705 inscriptos).

\* suma de votos de más de un candidato del PAN, la circunscripción fue ganada por otro partido.

**Cuadro 2**  
**Elecciones de diputados nacionales por la Capital Federal, marzo de 1906.**

Circunscripción	Coalic.	U.E.	Soc. y varios
1. V. Sársfield	399	211	5
2. S. Cristóbal Sur	711	470	53
3. Santa Lucía	1151	590	352
4. S. Juan Evangelista	1022	665	510
5. Flores	676	752	64
6. S. Carlos Sur	799	132	38
7. S. Carlos Norte	743	331	32
8. S. Cristóbal Norte	1289	717	148
9. Balvanera Oeste	1400	846	71
10. Balvanera Sur	759	345	64
11. Balvanera Norte	1032	401	85
12. Concepción	1254	749	128
13. Monserrat	1331	456	110
14. San Nicolás	1518	651	179
15. San Bernardo	300	222	2
16. Belgrano	422	568	24
17. Palermo	260	457	13
18. Las Heras	1143	588	46
19. Pilar	1775	896	117
20. Socorro	1037	716	142
<b>TOTAL (31.957)</b>	<b>19.011</b>	<b>10.773</b>	<b>2.173</b>

Fuente: *La Nación*, 12/03/1906.

**Cuadro 3**  
**Elecciones de diputados nacionales por la Capital Federal, marzo de 1908.**

Circunscripción	Presidenc.	Soc.	U.P.	Varios
1. V. Sársfield	702	176	87	4
2. S. Cristóbal Sur	911	546	5	303
3. Santa Lucía	758	690	81	20
4. S. Juan Evangelista	631	853	77	40
5. Flores	743	233	57	43
6. S. Carlos Sur	530	225	86	30
7. S. Carlos Norte	547	166	75	18
8. S. Cristóbal Norte	890	612	66	67
9.A. Balvanera Oeste	283	284	32	30
9.B. Balvanera Oeste	704	254	53	62
10. Balvanera Sur	804	386	112	103
11. Balvanera Norte	285	301	46	8
12. Concepción	580	479	236	48
13. Monserrat	564	272	140	29
14. San Nicolás	1315	455	105	19
15. San Bernardo	907	133	11	-
16. Belgrano	527	115	43	7
17. Palermo	563	155	65	102
18. Las Heras	776	298	61	23
19. Pilar	1631	443	162	18
20. Socorro	464	386	110	22
<b>TOTAL (25.283)</b>	<b>15.115</b>	<b>7.462</b>	<b>1.710</b>	<b>996</b>

Fuente: *La Nación*, 09/03/1908.